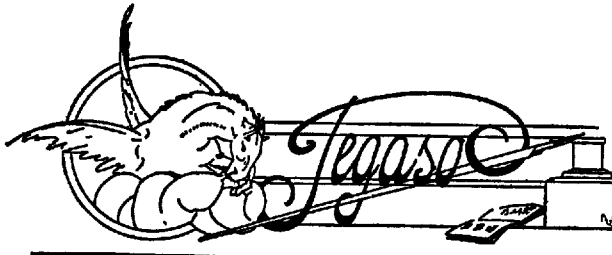

Año I | Montevideo, Setiembre de 1918 | Núm. 3

REDACCION
Antón Martín Saavedra — Wilredo Pi
Montiel Ballesteros

ADMINISTRACION
José López Deschamps
Subscripción mensual $ 0.50

Dirijase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

ESTÉTICA

Atravesamos actualmente un momento de acefalía en el gobierno de los destinos humanos. No hay una doctrina entronizada, no hay una creencia dominante, no hay una práctica en que todos ajusten su acción y, en este caso en que se debate la conciencia universal, el sentimiento está adormecido a la espera de un nuevo ideal que lo conmueva, escudriñando el cielo para descubrir en él la estrella no encendida todavía que ha de guiarlo al pesebre en que nacerá el nuevo redentor que forzosamente ha de nacer, porque la humanidad necesita siempre de un Dios que la presida, al cual pueda acudir en demanda de auxilio o de consuelo en sus horas de angustia y de tribulación. El hombre, en general, es genuinamente creyente: cuando no adora a una deidad, se prosterna ante un ídolo; cuando no reconoce un dogma, se somete a una superstición; cuando no respeta a la ciencia acata el empirismo; se burla del poder divino y tiembla ante la

influencia del jettatore; duda del médico y se entrega al curandero; se dice ateo y cree en el maleficio del número trece o de determinado día de la semana; cuando se considera más emancipado de todo fanatismo es más esclavo de toda superchería, y siempre es y será el mismo Sísifo empeñado en hacer rodar la piedra de su mísera condición hacia una cumbre solo accesible para los espíritus que pueden seguir la marcha aliviados de preconceptos obstinados y despojados de mezquinas pasiones. ¡Y estos son tan pocos! ..

Con las religiones, que son la fuente del sentimiento para las muchedumbres, se han ido las artes, y por esa razón cobran cada día mayor valor las obras que el pasado nos dejó y que no serán equiparadas mientras no surja un nuevo manantial de inspiración. En nuestros días nadie podría pintar una Madona: le resultaría apenas una mujer. Y no es que se haya perdido la tradición narrada y escrita sobre lo que fué la madre de Jesús, sino que ha sido desflorada su virginidad por el análisis filosófico que descarta todos los simbolismos legendarios para llegar al esclarecimiento de la verdad. Se han apagado en el cielo de la fantasía las luces que la iluminaban. Faltan los dioses y las diosas del Olimpo; faltan los santos y las vírgenes y los arcángeles del paraíso celeste. Icaro vuela en monoplano; Santa Cecilia oprime los pedales de una pianola; Moisés escribe las Tablas de la Ley con máquina dactilográfica; la ninfa Eco vaga desesperada al ver robados sus acentos por las ondas trasmisoras de la telefonía sin hilos, y Hércules se ha echado a muerto al saber que un niño con solo apretar el botón de un conmutador eléctrico, desarrolla mucho más poder que el de todas las fuerzas que él empleó para dar cima a los trabajos que le fueron impuestos.

Desvanecida la fábula, destruída la leyenda, aplastado el fanatismo, desenmascarada la superstición, solo le queda al hombre la realidad, y no sabe qué hacer con ella.

Si quiere traducirla en versos, le resultan cojitrancos y disonantes; si pretende cantarla en música, le resulta desacompasada y estridente; si ensaya darle forma en la estatua, le resulta deforme y grosera; si intenta pintarla en el lienzo le resulta abigarrada y vulgar. Ha probado por último fijarla por un procedimiento mecánico para reproducir la poética sonrisa robada del Louvre, y de todas las que se exhiben en la galería coleccionada por «Comedia» no hay una sola que pueda reemplazarla. Es triste decirlo, pero es una gran verdad; falta en el alma de la entera humanidad actual el sentimiento que latía en la de Leonardo de Vinci cuando retrataba a Monna Lisa.

DANIEL MUÑOZ.

LA NINFA

Entre laureles rojos que Primavera enflora,
Cabe el césped en donde la clara linfa trisca,
Un sátiro sonrie malicioso a la arisca
Náyade, rosa viva, cuya madrina es Flora.
Sonríe el sátiro, cautamente.
Es chato, rubicundo, y en sus ojos de gato
Brilla profusamente
La chispa enardecida del episodio grato.
Su crin bravía húmeda de rocío
Y su torax de hombre, lleno de vello hirsuto,
Danle un aspecto bruto
De selva y de violencia. Su fuerte pie cabrío
Quiebra el agrario timo;
Chorrea por su barba el glúcar del racimo.
Nudosos biceps y firmes pectorales,
Nada falta a su busto,
Le consagran Hércules de los ritos pradiales
O bárbaro Imperator del arrimo robusto.

Sonríe el sátiro a la rosa viviente
Que incauta
Se despereza a flor de la corriente
A compás de una música bochornosa de flauta.
Destrenzada la cabellera profusa,
Sobre la carne púbera y sobre el seno breve,
Finge, al espejarse en el agua confusa,
Un crepúsculo de oro sobre un lago de nieve.
Los dos jacintos, gemas

Unicas que ilustran la joya curvilínea,
Fueran decoro de imperiales diademas
O broches de la túnica apolínea.
Su vientre redoma donde el amor germina
Es una madreperla...

La narina
Del sátiro husmea con delicia la fruta,
Golosina asaz dulce para su lengua bruta.
Enmudece de amor sexual el capripede,
La maraña a su empuje cede ..
Felinamente asoma la cornuda testa
Por los ramajes espesos,
Y toda la floresta
Se llena de suspiros y de besos ..
Ajena a toda sorpresa
La náyade entretiene en el agua su holganza,
Cogiendo, entre sus dedos color fresa,
Peces color gloria y color esperanza ..
El sol artista dora
Ora
El flanco
O destaca franco
El vientre ameno
O la doble cúpula del seno.
Proyecta luces y combina
Tonos en su cambiante albedrío,
Y hace la danza de la serpentina
Con el iris que brota del rocío ..

Dorada como una fruta
La ninfa prosigue su ocioso juego,
Mientras el sátiro cubre la impoluta
Carne, con mentales besos de fuego.

Gozando de antemano la fiebre del choque
Su inspecciosa pupila
Rutila
Como la punta de un estoque.
El cielo está pálido
Pues el sol se allega a la línea
Meridiana y su cálido
Influjo destiñe la planicie apolínea.
Es hora
Canicular, por eso
El sátiro que entiende el amable proceso,
Implora,
Para su empresa galante,
La gracia de su dea:
Tal un ceremonioso hierofante
En un rito sagrado de Atenea ..

De un salto
El bípedo ágil
Llega junto a la frágil
Ninfa que no sospecha el asalto.
La leve
Criatura, escandalizando el ambiente,
Se estremece entre el fauno y la corriente:
Bello motivo este para un alto relieve...
En el acuático rapto
El salteador poco apto
Languidece. La linfa
Aliada de la ninfa
Desgasta el ímpetu masculino.
Entre un remolino
De iris y de espuma
Se evade frenos
La ninfa, en cuya blanca
Carne, grabó el sátiro un surco purpurino...

Como una corza dando brincos
Huye la ninfa en raudo éxodo,
Y el sátiro describiendo cincos
Pugna por zafar de su cárcel de lodo.

Ya sus uñas
Y pezuñas
El sátiro abandona en el trance
« La vertical del orgullo, »
Pues su bandullo
Pesa como un antiguo romance...
Ya sus uñas
Y pezuñas
Digo,
Se afirman en el ribazo amigo,
Ya, por último, se yergue frenético—
Es sátiro al fin y al cabo—
Y, cierto de un éxito cinegético,
Sacudiéndose de los cuernos al rabo,
Con golosa narina husmea el rastro
Sagitario audaz a la caza de un astro...

La ninfa lista,
A consecuencia del susto,
No retoza muy a gusto
En la peligrosa pista...

A punto de caer rendida de fatiga,
La náyade pidió auxilio a Diana,
Con un suspiro que era una cantiga
En la emoción de la hora tramontana.
Y por virtud extraña

Convirtióse la ninfa en frágil caña.
El sátiro burlado lloraba su cuita
Infinita,

Cuando, por inspiración celeste o instintiva maña,
Dió en cortar en fragmentos
Un trozo de caña.

Y uniéndolos sopló en ellos sus lamentos
Que humedecieron toda la campaña ..
He ahí contado, sin detalles prolijos,
Lo que un aeda de Jonia refería a sus hijos
En su cabaña, al son del forminx...

Cierto día,
Hojeando un curso de Mitología,
Leí, con asombro, este fabuloso relato
Que yo creía historia
Ilusoria
Hecha para pasar el rato.
Admiróme mi supina
Ignorancia en cosas de dioses—tenía entonces veinte años,
Ojos de ensueño y cabellos castaños
Y un alma errante como una golondrina.
La historia titulábase « SIRINA »
La ninfa y PAN el dios de los rebaños ..

PABLO DE GRECIA.

LUCILA STRINGBERG

(CUENTO)

Yo pretendí durante tres años consecutivos, antes y después de su matrimonio, a Lucila Stringberg. Yo no le desagradaba, evidentemente; pero como mi posición estaba a una legua de ofrecerle el tren habitual, no quiso nunca tomarme en serio. Coqueteó conmigo hasta cansarse, y se casó con Buchenthal.

Era linda, y se pintaba sin pudor, las mejillas sobre todo. En cualquier otra mujer, aquella exageración rotunda y perversa habría chocado; en ella, no. Tenía aún muy viva la herencia judía que la llevaba a ese pintarrajeo de domingo galitziano, y que tras dos generaciones argentinas subía del fondo de la raza, como a una cofia de fiesta, a sus mejillas. Fenómeno inconsciente, y que su mundo soportaba de buen grado. Y como en resumidas cuentas la chica, aunque habilísima en el flirteo, no ultrapasaba la medida de un arriesgado buen tono, todos quedaban contentos.

Yo conocía bastante al marido; era de orígen hebreo, como ella, y tenía, en punto a vigilancia sobre su mujer, el desenfado de su alto círculo social. No me era, pues, difícil acercarme a Lucila cuanto me lo permitía ella.

Mi apellido no es ofensivo; pero Lucila hallaba modo de verlo así..

—Cuando uno se llama Ca-sa-cu-ber-ta, me decía no se tiene el tupé de pretender a una mujer.

—Ni aún casada? — le respondía en su tono.

—Ni aún casada.

—No es culpa mía; Vd. no me quiso antes.

—Y para qué?

Inútil observar que me miraba al decirme esto, y durante un buen rato después.

Otras veces:

—Vd. no es el hombre que me va a hacer dar un mal paso, Sr. Casa-cuberta.

—Pruebe.

—Gracias.

—Hace mal. Cuando se tiene un marido como el Sr. Buchenthal, un señor Casacuberta puede hacer su felicidad. Vamos, anímese!

—No; desanímese Vd. Con Vd, por lo menos, no.

—Y con otro?

—Veremos.

—Pero por qué diablos conmigo no!

—Porque. .

Y me miraba como quien detalla un vestido.

—Porque. . Algún día se lo diré. Levántese. . No me deja ni mover siquiera.

Otra vez:

—Vea, Casacuberta: si Vd. quiere serme agradable—sí?—tome mañana mismo el tren, váyase a Bolivia, a la Patagonia, construya dos o tres puentes, haga una bonita fortuna, y después venga; le prometo esperarlo.

—Yo soy ingeniero, y capaz de hacer un puente desde la Patagonia a Bolivia. Pero ensamblar fierros T y TT por dejar de verla, no.

Añadía:

—Y para qué quiere fortuna? No le basta con la de Buchenthal? No se va a comer la mía, supongo. .

—No; y menos con esta nueva grosería suya. . Váyase, déjeme. Haga lo que le digo, y después hablaremos.

Difícil, como se ve, mi adorada. Pero Cacacuberta y todo, yo no perdía las esperanzas. Un amante tenaz preocupa muy poco a una mujer mientras ésta se considera feliz; pero se torna terriblemente peligroso, por poco que aquélla tenga ganas de llorar, al creerlo todo perdido.

Qué podía perder Lucila? No lo sé—o no lo sabía entonces. Poco después del trozo de diálogo que acabo de contarles, entró en escenario R. M. F. Las iniciales bastan, supongo. La primera vez que lo ví arrinconado con Lucila, usando, presumo, de todos los recursos de su sentimentalidad muy grande de artista, no preví nada bueno para mis esperanzas. En el primer garden party volví a hallarlos extraviados bajo un parasol, y de noche le dije a Lucila:

—Deje a R. M. F.; no es hombre para Vd.

—Por qué? Es tan inteligente como Vd. supongo.

—Más. Pero es un canalla.

—Casacuberta!

—Muy bien; no he dicho nada.

—Canalla!. . Porque Vd. lo siente más cerca de lo que Vd. no ha podido conseguir?

—No; créame, Lucila: déjelo. No es el hombre que Vd. cree. .

—Ah, sí!. . Vd. es ese hombre!

—Quién sabe; pero él, no. Después veremos.

Pasaron cinco meses; yo estuve cuatro en el sur. Una tarde, ya al crepúsculo, fuí a ver a Lucila. No me quiso recibir; pero cuando me retiraba, llegó contraórden. Entré, y la ví muy descompuesta. Parecía sufrir en realidad, por lo que me respondió con muy breves palabras; muy breves y secas. Quise irme, pero me detuvo.

—A qué se va?—me dijo extrañada y sufriendo. Quédese.

No me miraba, pero tampoco miraba nada concreto. De pronto: ¿Cuántos individuos de su laya se pueden comprar con mil pesos?

Debo observarles que este término *laya* no era de su vocabulario, ni se lo había oído nunca. Debía, pues, estar profundamente herida.

—Bespóndame! Cuántos?. . Veinte o treinta?. . Vd. incluso? Y Vds. son los intelectuales de este país?. .

En un instante vi claro todo: la conquista de R. M. F., y el cumplimiento de la profecía que le había hecho a Lucila.

—Deje a los intelectuales—le dije.—No sea injusta. Yo le advertí bien claro lo que le iba a pasar con él.

—El ?. .

—Sí, M. F. Es cierto ?

No me respondió, y miraba inmóvil un punto, porque tenía ganas locas de llorar. Le tomé entonces la mano, y los sollozos se desencadenaron por fin.

—Sí ! sí !. . Es cierto, es cierto !. . Qué horror¡ . . ¡ Cómo puedo todavía mirarme a mí misma !. . .

Tenía razón, porque yo sé la cantidad de honor y sentimiento sincero que había tras el antifaz de sus bravatas, como en tantas otras chicas de envoltura histérica.

Me contó lo que había pasado, que es esto:

Al fin, seducida desde luego por la verba del hombre, y sobre todo cansada, enervada, había cedido. Se veían en casa de él. R. M. F. — Vsd. lo saben bien — sabe hacer las cosas. Su garzonera es un verdadero chiche, y Lucila llegaba a ella bajo un perfecto disfraz de mucama. El disfraz éste está bastante de moda, y ella lo lucía muy bien. La aventura era arriesgada, aún al anochecer; de donde mayor encanto para Lucila. El valet—mudo y digno—hacía pasar a la esbelta mucama. Pero R. M. F. sufría un poco por el disfraz de su amada, que era en suma poco distínguido, y se sentía rebajado ante los ojos de su mucamo, que hacía pasar a la vulgar visitante con una vaguísima sonrisa. Esta sonrisa entraba hasta el fondo de la vanidad del amante, por lo cual una noche, habiendo llegado Lucila con un poco de adelanto, oyó que R. M. F. insinuaba a su valet, en pastosa vóz de confidencia:— ¡ Qué mucama, zonzo. . No sabés conocer. . Es la señora de Buchethal. . Silencio, eh ?. .

Este es el caso.

—¡ Y esta es la amargura que me tocaba conocer aún, de Vds. los intelectuales ¡ — concluyó Lucila. — ¡ Muy poco le importaba al señor R. M. F. poseerme ¡ Lo importante para él era que su sirviente supiera que yo era la señora de Buchenthal ¡

Pasó un buen rato. Tras el sarcasmo de su cabeceo, había un hondo raudal de lágrimas por un sacrificio inútil, incomprendido y sin sabor. Le tomé de nuevo la mano, y ella vino dócil y se apoyó en mi hombro.

—Lucila...

—No, no... me dijo tristemente, pasándome su mano por el pecho. — Yo no valgo para nada...

—Para mí, sí.

—Para Vd., no... Y Vd. tampoco para mí. Vd. es el único hombre—se sentó de nuevo—con quién hubiera sido feliz... Me oye ahora ?—al hacer esto... Un día se lo dí a entender... Ya esto está concluido... Dejemos.

Salí. Yo era al parecer el hombre a quien ella quería, y por esto mismo me había resistido para ceder a un literato vanidoso. Comprendan Vds. ahora a las mujeres.

HORACIO QUIROGA.

Buenos Aires.

COMUNIÓN

Pueblecillo: tú me eres cordial como un amigo;
eres humilde y manso, clarísimo y sereno,
y rimas las ternuras de tu alma campesina
como yo rimo un verso.
(Como yo rimo un verso de estos míos que pueden
no ser trascendentales, pero que son sinceros).

Pueblecillo: tú me eres cordial como un hermano;
en tí hallé la blandura de césped de mi ensueño,
en tí el verde regazo de mi pensar eglógico
y en tí mis dulces versos
(Mis versos donde pongo los cantos de tus aguas,
la roma de tus tréboles, la calma de tu cielo).

Pueblecillo: tú me eres cordial como es un padre;
me brindas la pureza sana de tus momentos,
la rima de tus flores y el ritmo de tus pájaros,
yo te brindo mis versos.
(Mis versos que volando se van como tus aves
hacia el verdor geórgico de tu campo hogareño).

Pueblecillo cordial, mi pueblecillo,
escúchame este anhelo:
yo anhelo ser perdido en tu paisaje
—como tú en la grandeza de río, pampa y cielo—
un árbol, sólo un árbol que da flores y frutos...
¡ Nútreme con la savia de tu seno !

ERNESTO MORALES.

EL POETA CARLOS PEZOA VÉLIZ

ENSAYO DE CRITICA SOBRE LA JOVEN PERSONALIDAD CHILENA

Hablando de literatura y de escritores más o menos directrices del momento intelectual en que actuaron, en amenas charlas postales con algunos de los poetas representativos de la juventud chilena, dimos en hablar varias veces de Cárlos Pezoa Veliz, tenido por sus compatriotas como el más característico de su pueblo, y muerto en plena miseria cuando contaba apenas 29 años de edad. Aguijoneado por el afán de conocer a fondo la obra e historia del vate malogrado, pedí datos concretos a J. Lagos Lisboa, uno de los más aplaudidos en los círculos del país trasandino, quien tuvo la gentileza de proporcionarme un ejemplar de la obra póstuma del poeta, ya agotada, e intitulada «Alma Chilena». Impresionado hondamente por la lectura de esas páginas intensas y dolorosas de Vida y de Verdad, he creído provechoso a la par que justiciero, dar a conocer a quienes en el Uruguay—ignorándolo—se interesen por las altas manifestaciones espirituales, la personalidad extraña y atormentada de este vocero de los dolores populares tán injustamente castigado por la Mala Fortuna.

Puede afirmarse, sin caer en error, que aquel pueblo perdió su cantor más representativo, así como la literatura de Chile el bardo mejor dotado de las aptitudes necesarias para ser un gran poeta.

A Pezoa Veliz no sería difícil hallarle ubicación literaria, pues su realismo, su amor a la verdad y a veces a la crudeza, bastan a este propósito. Y no podría tener otra

tendencia un cantor de la multitud. Yo lo colocaría entre Almafuerte y Evaristo Carriego. Era menos apóstol que el primero, y era menos romántico, menos plañidero que el segundo. No tenía en la boca las blasfemias y los misticismos del autor de « El Misionero », y era más lapidario, crudo y fuerte que el de « Misas Herejes ». Canallesco, revolucionario, (sin hacer doctrina) tenía tanto del *roto* en el alma como de araucano en la sangre. Estaba hecho en una madera que tanto servía para cruces como para horcas.

Criado por dos buenos viejos que no eran sus padres, de ellos tomó sus apellidos, dos viejos que según su decir pintoresco: habían empollado, sin saberlo, un huevo de culebra.

Por esta causa y dado su temperamento bohemio, tenía hogar y no lo tenía. Trota tierras, inquieto, con esa inquietud de los que no pueden estar mucho tiempo bajo el mismo cielo, era el bohemio estrafalario que rodaba los pueblos con la indigencia en el morral y una honda tristeza en el corazón, tristeza que perfuma casi todos sus versos y fué la inseparable compañera de su breve vivir. Esta particularidad se nota a las claras en su obra « Alma Chilena », recopilada y editada por Ernesto Montenegro. Muchos de sus versos, los primeros del libro, son voluptuosos, voluptuosos hasta el pecado—como diría un espíritu puritamente ético. Canta en ellos las ansias del varón, y en éstos himnos del Deseo, pone de manifiesto su temperamento exaltado por el amor de la carne que a veces toca las lindes de lo enfermizo. Puede decirse que este período, en el poeta, es el ciclo de la *carne triste* Ved:

« Yo quiero una mujer...
Así la quiero:
« Yo quiero una mujer...
Así la quiero:
Carne sólida y tibia, color rosa
Y hambrienta de impudicias... »

Luego, notamos en su obra, un período más de acuerdo con la serenidad y compostura en la forma, bien que algo desigual siempre, aún dentro de la cierta harmonía apuntada. Entonces es cuando nos empieza a gustar de veras, a ganar nuestro espíritu, para más adelante apoderarse de él plenamente. Existen en este período de su obra, algunas composiciones regidas por los cánones nuevos que impusieron en Chile Ruben Darío y Pedro A. Gonzalez como lo hace notar el crítico chileno Armando Donoso en « Los Nuevos « que nos presentan al poeta como un creador de giros modernos, de ritmos afiligranados, de imágenes peniadas; como si el aliento de Francia inclinara suavemente las crenchas de su Musa, que el vate ha tenido el capricho de humedecer en un lírico bautismo en las aguas del Sena. Y de este *momento* de su modalidad datan las poesías intituladas « El Pintor Pereza », « Pergamino Clásico » y otras. Escuchad algunas estrofas de este pergamino, y decidme luego si no encontrais que son modelo de belleza dentro de lo moderno y si no le hallais un hermoso toque de aristocracia rancia dentro del perfume prócer que emana cada verso, como si hubieran estado guardados mucho tiempo en el fondo del arcón que fué de algún abuelo:

« De frac y guante blanco con paje y escudero
a la moderna justa penetra el leal doncel;
« las flores han cantado las glorias de su acero,
las damas le enaltecen, las aves hablan de él. »

« Su deudo es grato. Baten en él las serenatas
como calandrias nuevas sus alas de cristal;
las cláusulas afinan sus ocarinas gratas
y su violín de plata ensaya el madrigal. »

« En tanto allá conversan los clásicos romances,
Conversan sobre Góngora de gafas y de frac,
Y se habla de Quevedo, de sus nocturnos lances,
Mientras un reloj viejo mascullа su tic-tac. »

« Y el poeta lanza al aire su verso vocinglero ..
¿Qué más? Su verso es joven (es verso de un doncel)
Las flores han cantado las glorias de su acero,
Las damas baten palmas, las aves charlan de él. »

Como un ejemplo de su modo modernista también, pero más que esto, como ejemplo de la tendencia que abrazó en sus últimas producciones, las que lo singularizan como el poeta que poseía *más alma chilena*, está ese poema que intituló « El Pintor Pereza », de cuyos versos fluye, con una realidad tán rotunda como mayor no había leído en nadie, el alma triste, la vida aburrida, *sin porqué*, la voluntad ausente, de un espíritu enfermo de arte en uno de esos períodos en que se siente envuelto y como uniformado en la nubie gris de la pereza y el hastío. 'Confieso que ni en Baudelaire ni en Rodembach he leído una página como ésta, donde la abulia se posesione tán radicalmente del espíritu, donde el pesimismo y el color gris de un alma, rimen tan a tiempo con el gris y el pesimismo del ambiente que nos rodea, hasta parecernos tener « gafas de bruma sobre la nariz. » Pero leed algunas estrofas de la composición y juzgad vosotros:

« Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una bohardа de ventana vieja
donde un reloj viejo mascullа: tic tac... »

« Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro y otro: ¡ tres !
¡ Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués ! »

« El pintor no lee, la lectura agobia
y anteojos de bruma pone en la nariz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y todas las cosas con máscara gris. »

« Su mal es el mismo de los vagabundos;
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal. »

« Ni piensa ni pinta ni el humor ingenia.
¡ Qué ha de pintar si halla todo sin color !
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor. »

« Así pasa el tiempo. Sólo, solo el cuarto...
Sólo Juan Pereza, sin hablar. ¿ De qué ?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fé. »

« La madre está lejos, a morir empieza
Allá, donde el padre sirve un puesto ad-hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
la esconde la pluma, la tinta o el block. »

Para terminar con esta estrofa plena de una conformidad filosófica—estoica, la única, la verdadera resultante que podía salir de los labios del hombre cuyo carácter y cuya vida acaba de pintar en pocos versos, con tan definidos rasgos y tal plasticidad y relieve, que más parece la acuñación de una medalla con metal de vida que no la pintura de un tipo:

« La vida... Sus penas. ¡ Chocheces de antaño !
Se sufre, se sufre. ¿ Porqué ? ¡ Porque sí !
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡ Qué diablo ! la vida es así... »

Yo creo, simplemente, que esta poesía, objetiva y subjetiva a la vez, retrato de un alma, de una vida y del me-

dio ambiente que los aprisiona—en vez de decir que los rodea—es un acierto muy hondo de poeta observador del prójimo y de sí mismo; es un acierto—por el modo de tratar el asunto—del *gran poeta* que estaba ya latente en Pezoa Veliz.

Poseía el don—bien extraño por cierto—de decir mucho en pocas palabras; y éstas mismas tán sencillas, tán vulgares—a veces .. Pero él las colocaba, no sé si por intuición, en el lugar preciso en que adquirían la fuerza y elocuencia que poseen algunos vocablos rudos en muchos de sus versos amargos y plebeyos. Lo que aconsejaba Flaubert—sencillamente.

Con la composición que acabo de trascribir en parte, entra el poeta en el período de su obra que más lo caracterizó y fué, en general, el reflejo de toda su vida de artista y de hombre. Si fuéramos egoistas, tendríamos muchas veces que bendecir al Dolor, por ser, en infinidad de casos, el verdadero padre de la Emoción y la Belleza supremas. Poe, Baudelaire, Verlaine, son ejemplos de ayer: Herrera y Reissig, Florencio Sánchez y Pezoa Veliz son ejemplos de hoy.

Su figura era huraña, rara—dicen los compatriotas que sobre él han escrito—y agregan que había venido *repechando desde muy abajo*, pero ignorando desde donde. Nadie sabía *su casa* ni quienes eran sus padres; en cuanto a él: era un poeta nada más, un poeta ¡ y era bastante! Cuando obtuvo un empleo en «Viña del Mar», se hizo señorito, o niño bien—como querais; — quiso aristocratizarse y se disfrazó de dandy. Pero bajo aquella caparazón de artificio puro, se asomaba, irremediablemente, el alma áspera, el temperamento autóctono, el albedrío del araucano que llevaba en las venas, y del bohemio que llevaba en el temperamento. Era el fruto agrio, torvo y tal vez tardío, con todas las características étnicas de la raza, brotado del viejo tronco que aún da sombra a la familia de *los rotos*. Por eso fué el cantor popular, de léxico sencillo hasta el desaliño. Es indudable que él tenía conciencia de su misión dentro de la lírica de su patria; y si en un momento veleidoso, o de curiosidad, se desposó con la musa de los refinamientos imperantes por aquellos años, la voz interior le cantó al oído cual era su camino verdadero, la senda humilde que le daría el triunfo, y pronto se le vió darse por entero a la musa fuerte y lozana de los desheredados y los tristes como él, la que lo esperaba con los brazos abiertos y los ojos en alto porque era su preferido, porque era su poeta.

Musa que aún persiste viuda desde la muerte del vate, Y ciertamente que esta unión, lejos de ser híbrida, fué de una fecundidad tan rica para las letras chilenas, que las divinidades campestres debieron sentirse orgullosas ante el advenimiento de ese poema rústico y desnudo, pero ungido de savia y de rocío, de rocío de aurora y de lágrimas, que se titula «Pancho y Tomás». Y el espíritu enfermo y vago que presidió la soberbia creación de aquella página en que se hastía el alma del Pintor Pereza, sigue edificando piedra sobre piedra— el palacio gris del pesimismo en que quería encastillar su alma, y escribe otros poemas, que son—para mí—algo que yo llamaría la letra inicial de los desencantos y las brumas del vivir. Me refiero primeramente a la composición que lleva por título: «Nada»; acerca de la cual no se puede dar idea dígna de ella sin trascribirla en parte. Juzgad:

«Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
jóven, rubio y flaco; sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo. Tal vez un perdido.»
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles

cantando marchaban .. Entre sus papeles
no encontraron nada .. los jueces de turno
hicieron preguntas al guardian nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez ni el vecino Pinto.

. . . . . .

Una jaletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta. Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada. »

El tuvo su palacio de invierno como Verlaine: el Hospital San Vicente de Paul, donde espiró rodeado de unos pocos amigos, según escribe el prologuista de su obra; pués cuando parecía que la suerte—esa señora de los caprichos y las rarezas—intentaba tenderle las manos, a raíz de una catástrofe seísmica, quedó inválido el pobre poeta, ingresando en esa Casa de Caridad. Y fué allí—seguramente—donde repitiéndose el simil con el autor de «Fetes Galantes», escribió aquel poemita que nos recuerda por el asunto, como lo observa uno de sus críticos:

«Il pleure dans mon coeur», tán triste y plomizo que nos hace el efecto de una nube en el alma y que el poeta chileno titula: «Tarde en el hospital». Leedlo:

« *Sobre el campo el agua mustia*
cae fina, gracil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve .. »

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve ..

Entónces, muerto de angustia,
« *ante el panorama inmenso,*
mientras cae el agua mustia,
pienso. »

Y así, entre dolores y miserias, vivió su corta vida de veintinueve años este clásico tipo de la bohemia y el genio suramericanos, este hermano de Julio Herrera y Reissig, de Florencio Sánchez, de Pedro Antonio Gonzalez (su compañero infortunado) y de José Asunción Silva, el romántico suicida; dejando su preciosa y lamentable existencia en manos de la Gloria, cuando recién comenzaba a concebir sus primeros versos de gran poeta.

FERNAN SILVA VALDEZ.

LAS BOYAS LUMINOSAS

EN LA NOCHE

I

Cuando a las nocturnas aguas del maravilloso Plata
tiende sus remotos brazos desde el constelado cielo
la alta Cruz del Sud; y es ella, por su luz límpida y beata,
como el signo del Calvario sobre un negro terciopelo;

Varias boyas luminosas parpadean su escarlata;
sus flotantes carmesíes. Como un rojo ritornelo
es su brasa intermitente; el rubí de alterno rielo
que a las proras les anuncia el obstáculo pirata.

Tienen breves, sucesivos y avizores linternazos,
cual luciérnagas activas, de evasivos fogonazos,
en un gran jardín obscuro .. Son heridas de las olas.

En las noches del estuario sus pupilas bien despiertas,
de los tránsitos felices dán las rutas más expertas;
y entre lirios de la espuma son cual rojas amapolas.

II

De la bahía nocturna sobre el agua sollozante,
con su pupila marina, que es un rubí intermitente;
centinela de los barcos, arcángel de espada ardiente,
ya se apaga, ya se enciende una boya vigilante.

Guiña, a ratos, la belleza de su rojo parpadeante.
Ella finge; a flor de agua, como un alga luminosa.
Es cual boca que se abre, toda en grana milagrosa,
dando alertas repentinos al confiado navegante.

Sobre el fondo de tinieblas que une al agua con el cielo,
ella es tal como un granate sobre un negro terciopelo;
y de su dispar pupila brotan cual púrpuras bellas.

Y sobre el negror de muerte de la abismática ola,
su hemorragia de luz roja pinta como una amapola
que, cual de un jardín de lirios, cayó desde las estrellas.

III

Es como una luciérnaga marina,
por su insomne fulgor. Es la advertencia
de las aguas leales: la conciencia
del mar, que sus peligros ilumina.

Es lámpara nocturna de las olas.
Estas la izan como inquietos brazos...
Se enflora con sus rojos lumbrarazos
como con momentáneas amapolas.

Movida en el vaivén de la marea,
como un hombre que tose, cabecea;
y parece una tísica que exputa;

y parece que escupe sangre humana,
del mar nocturno en la anhelante ruta,
su salivazo de fulgente grana.

ANTES DEL CREPÚSCULO

Como un banco milagroso de coral fosforecente;
cual granada que se abre en un rojo presuroso;
lucentor, candela o faro, alza su encendida frente
una boya, que es la hembra del abismo voluptuoso.

El la abraza y él la besa con las ansias de un esposo;
y ella púrpuras activa, como boca en beso ardiente;
y ante el varillaje oblícuo del oro del sol poniente
es como un clavel inmenso con rocío luminoso.

El peñón de gesto austero, con perfiles de ermitaño;
cual pastor del que las olas son el bíblico rebaño...
Doquier aguas con sus lirios o sus moñas de albo tul...

En el cielo está la tarde, como una divina joya...
Y en la rada, alegre, roja, vigilante está la boya,
como un sello rojo: un lacre sobre un gran papel azul.

GUZMAN PAPINI.

LA DANZA

BALLETS RUSOS

Es evidente que la danza es una de las primeras manifestaciones artísticas de la humanidad. Anterior a la poesía. Es decir: a la poesía como la concebimos hoy: expresada con palabras.

Cuando el hombre hubo conocido, amado y gozado hasta el hartar, le quedó un remanente de vagas sensaciones insatisfechas con los apetitos materiales: era el espíritu que reclamaba sus fueros . . . Y el hombre, incapaz entonces de expresar con el verbo lo poco que hoy expresamos; ese deseo de ascender, de desligarse de la tierra que lo retenía con su materialidad e impureza, lo hizo usando una forma directa: el baile, gestos y ademanes cadenciosos armónicos que vienen a ser la poesía en acción.

En la India, aquel pueblo fanático que todo lo ofrenda a sus ídolos y en el Egipto esplendoreso y enigmático, el arte de la danza alcanzó gran desarrollo. En Grecia donde florecieron, fructificaron y tuvieron la más alta culminación todas las artes, la danza tuvo cultores notabilísimos que eran admirados y considerados por aquel pueblo que amó la belleza y la pureza de líneas sobre todas las cosas.

El cristianismo que vino a entristecer la vida, apagó esta jocunda manifestación de la alegría de vivir. Tuvo el baile un larguísimo período de letargo hasta que resurgió, en forma de bailable agregado a las grandes óperas para dar brillo y amenidad a estos espectáculos. Pero su renacimiento vino afectado por hondas fallas: las escuelas de baile italianas y francesas tenían un pobrísimo con-

cepto de la danza; se reducían a inculcar en los discípulos una mayor o menor *virtuosidad* técnica; sin tener en cuenta para nada el espíritu, hicieron una cosa monótona, vulgar, uniforme, donde los conjuntos movíanse en masa, como autómatas, y donde para nada entraban los valores que constituyen el *ballet*: rica policromía que forma un cuadro armónico y lleno de visualidad, línea, belleza, agilidad, expresión: una verdadera fiesta para los ojos y el alma.

De Rusia ¡ de ese enorme país complicado y simple, místico, contradictorio y abstruso ! de ese pueblo grande y enigmático de donde han venido tantas bellas revelaciones, vino también el resurgimiento de la danza en toda su excelsitud como arte, en todo su esplendor colorista y visual, en todo su delicado sentido de lo bello y de lo noble. Ese pueblo yacente en una esclavitud inexplicable mientras producía los más grandes revolucionarios; hundido en el sensualismo y la indignidad, produjo genios que ante la degradación general, parece quisieron dar al mundo una revancha y una expiación produciendo belleza. Surgieron músicos que revolucionaron todas las antiguas formas y legaron al mundo verdaderos monumentos de arte, surgieron reformadores del teatro y del arte decorativo y surgieron los portentosos danzarines que hoy van por el mundo propagando cultura y belleza. Con actitudes, con pasos, con saltos, con vuelos, dotaron al cuerpo de una agilidad, de una blandura, (apesar de la rígidez que adquieren los músculos) de una elasticidad y una ingravidez tal hasta convertir esta grosera caja de impurezas, en una estatua viviente de líneas puras y movimientos nobles.

Alada manifestación exterior del interno sentir, deseo de vuelo y espiritualización que se insinúa en los prodigiosos saltos de estos ágiles y ligeros bailarines que tienen el suave y blando posar en tierra como una golondrina que describe armónica curva y vuelve a elevarse, estatua-

ria pose que no dá idea de la muerte, sinó de la aspiración a una vida mejor; rapidísimos aleteos de mariposa, vertiginoso girar de una hoja arrebatada por el torbellino, dulce muerte de un cisne a la villa del lago, danzas populares ennoblecidas y elevadas cumpliendo una tarea igual a la del artífice que hace de tosca piedra una joya preciada; leyendas ilustradas con la gracia, la emoción, la poesía del más grande artista: todo esto y aun mucho más que esto es lo que realizaron los rusos creando el *ballet* moderno.

Contribuyeron con su cultura refinada y depurada los críticos y directores hoy gloriosos, dispusieron de toda la joyante fantasía oriental que existe en el alma moscovita los pintores y escenógrafos y concertaron las más altas y sublimes notas los indiscutidos músicos de aquella nacionalidad.

Los rusos místicos, de alma profundamente buena prodigaron la belleza: hicieron las cosas bien, que es una manera de ser bueno según el decir de Rodó.

Y quizás la revolución de ahora que tantas sorpresas nos depara, sea una consecuencia de la profunda revolución espiritual venida desde arriba y que produjo los más grandes teorizadores políticos, que reformó la música, dió nueva vida a la pintura y la escultura, e hizo renacer el arte de la danza, el más completo de todos porqué resume y compendia a los demás. En este caso se habrían realizado los deseos de Schiller quien quería ír por la belleza a la libertad y por la cultura estética a la cultura política.

RÓMULO SCHAMINI CRESPO.

Buenos Aires.

LA PAMPA

I

Mediodía — El sueño desciende azul — A la sombra violeta de los ombúes! — Mi alma se duerme — En la llanura de la Pampa, — A lo largo, — A lo ancho, — Sobre la verde serenidad de los confines, — Hasta que la canción de las hojas en el viento — Me despierta las alegrías de la carne! — Húmedos en la sombra viva de la hierba Se me alzan los brazos lentamente — Y el aire acentúa la gracia del pecho, — Con una plenitud de velas extendidas —En el viento del mar. — Me levanto en la brisa ágil — Para mojar los labios — Con el agua pura de moverse en ondas, — Bajo la boca blanda de las vacas del campo! — Al beber del arroyo, — Que el cielo ahonda en largos espejos ilusorios — Con el azul que pone al fondo de sus aguas, — Yo escucho las canciones de la Pampa — Resbalando por la sed de mi lengua! — El agua es toda de una voz que ríe — Con un temblor de gracia femenina, — Y pasa en la corriente con su música — Para llenar de júbilo los labios que la beben! — En la sangre resuenan sus ecos remotos — Y las piernas erizan el vello cabrío — Como en la enérgica lujuria de la danza! — Un ansia rítmica baila en mis nervios — Y en locos saltos de juventud impulsa — Todo el calor ufano de mi cuerpo — Al río diáfano — En luz — Y voz! — Moja su canto mi piel de fruta — Y en su lustre de sol — Hierve la actividad de su pasaje — Y me dispersa las emociones — Por todas las corrientes que mueven la llanura. — Ah, que longitudes elásticas — Prolongan mi vitalidad — En las distancias ágiles de los arroyos — Que avanzan hacia la inmensa — Paternidad del mar.

— Todas las aguas azules — Son caminos de música — Para mis afanes. — Allá, — A lo lejos, — Donde los ríos anchos se entregan al océano, — Mis sensaciones entran en la sal de las olas — Y cantan con ellas en las arenas y las islas, — Una misma canción! — Mis sensaciones se hacen — Como de algas, como de coral, como de zargazos. — Mi alma se abre en ondas de azul, — Y se tapiza en sedas — De una móvil espuma de plata. — Mis nervios me prolongan a los lejanos puertos — Y en las naves sonoras de abrir el agua, vibran! — Todo el temblor profundo en transparentes zonas — Líquidas, — Lo siento en los anhelos de mi vida — De una manera musical. — No deseo ver los ríos y los mares — Con mis ojos supremos, — Tapizados de largos espejos — Sin límites ni sombras para saciar mi sed! — Ansío sentirlos en ritmos y voces — Como a mi propia sangre, — Prolongando en las corrientes de la Pampa — Las distancias sonoras de mis nervios, — En el irse infatigable — Por la armonía diáfana del mar! — Y penetrar así en las aguas del mundo — Mojándome de sus largas voces azules — Y acostando mi carne tibia y voluptuosa — En la ola de renovada juventud! — Mi alma es un oído celeste — Extendido en sinfónicas grutas — Que penetra la honda intimidad musical, — Cuando está húmedo del dulce río — Y del mar salado y áspero! — Es así como vive mi cuerpo — Todo el latido verde y ágil del océano! — Y es así como extiende su oído insaciable — De espacios tan enérgicos y de ecos tan lejanos, — Que entre sus bordes curvos de estar en la armonía, — Puede derramarse en olas — Toda la inmensa sonoridad del agua, — En un solo minuto — De sensibilidad!

II

Ah! — Me llama ahora el Sol; — Me reclama para su alegría — La canción dorada de la luz! — Mi garganta será ahora la gruta de sus ecos — Y su calor de vino brotará mis

palabras — Al sembrar con su fuego el surco de mis labios! — La tierra, — Olorosa de vida, — Me atrae — Con la frescura de sus gramillas, — Con el lecho blando y jugoso de su trébol, — Con la sana virtud de sus hierbas fragantes, — De una rusticidad silvestre y ácida! — ¡Tierra de las llanuras, — Pradiales Pampas! — Heme abrazado a tus pastos — Con la llama del sol en las espaldas, — Con el vientre rosado de frotarlo a tus hojas, — Con las narices anchas de embriagarlas — En los tibios olores de tu maternidad, — Con la boca verde y sabrosa — De morder la salvaje acritud de tus plantas! — La luz me vigoriza — Las alegrías de la sangre, — Y siento su cosquilleo feliz en las espaldas, — Como una playa con olas — De fresca sal y espuma! — El sol corre y me vibra — En la dorada lujuria de mis nervios, — Hasta desvanecerme — Sobre los senos profundos de la tierra, — De tanta emoción — Y de tanta sensualidad! — Entro después con el calor de la luz — En el vientre de las yeguas jóvenes, — Temblorosas y tibias del maternal instinto — Y entregadas con toda la carne — A los efluvios de la primavera! — Mis sensaciones queman sus savias y su polen — Entre la sangre de los potros — Y arden delante de la luz, — Agitando las fiebres de sus sexos — Y están en la anchura de su olfato — Cuando huelen en las distancias verdes — Los olores fecundos de la hembra! Sobre la Pampa — Toda mi alma se abre — Como un árbol de fuego, — Y avanza sus llamas — En los ímpetus creadores del sol, — Mientras mi cuerpo frota — Su abrazo sobre el campo, — Hasta mojar mi vientre y humedecer mis piernas — En los licores rústicos de las flores silvestres. — En la Pampa, — Detrás de los rebaños extensos como bosques, — Detrás de las vacas lentas — Con un dulce reposo de madres que amamantan, — Detrás de los toros anchos de fuerzas paternales — En cuyas patas urge el salto que procrea, — En la vasta Pampa solar, — Yo me he embriagado de impulsos ardientes y vitales — Hasta exaltar la sangre de un gran amor a todo! — Mía es la tierra en-

tera — Y mi emoción la cubre — Como a una mujer inmensa y tibia. — La abraza hasta el espasmo. — La compenetra toda como a un vientre divino, — Mientras mi afán. comparte — La ebria lujuria de los ganados — Temblando de fecundidad y Sol! — En la Pampa, de verdes olas vegetales, — Siento chorrear la luz con sus enormes ríos — Y todo se hace hondo para guardar su gracia. — La luz se me desborda en diáfanas corrientes — Y me abre en dulces grietas el corazón de música, — Desgarrándolo con heridas felices y calientes — Como a las túnicas de las semillas. — Así lo quema en anchos deseos — Y su sensualidad quebranta — Los muros que aprisionan su emoción infinita! — En la Pampa de largas soledades — Pasan ante mi los mares — Diáfanos de la luz. — Pasan con esa música ebria y tibia — De la fecundidad! — Y yo estoy abrazado a la tierra — Y el ímpetu luminoso — Me penetra la carne de fiebre y de lujuria — Con la armonía loca de sus voces en llamas! — Yo no puedo librarme del vital estremecimiento — De sus ritmos, — Que levantan mis huesos y mi carne — Y los disuelve en la embriaguez de la danza!

Es la hora de fuego... — Cuando los toros llenan de estrellas — Los vientres de las vacas, — Cuando elásticos y enérgicos — Los potros desbordan sus ríos de amor. — Es la hora de fuego .. — Cuando entre los brazos velludos de los hombres. — Desfallecen las hembras — En una languidez roja de fiebre — Que encenderá los gérmenes hasta hacerlos de sangre! — La música salvaje de la Pampa — Late en inmensos pulsos y vigorosos ímpetus! — Ya no veo las llanuras, — Ya no veo los cielos claros, — Ya no veo la luz! — Mi emoción es sinfónica! — El movimiento de la creación — Me atraviesa de olas musicales, — Como la ruta que une una estrella a otra estrella! — La vida de los campos verdes y tibios — Se me derrama en la sangre — Ufanamente libre. — Mi deseo se ahonda y entra en todo el planeta — Hasta que mi alma vibra en el supremo acorde — De la energía universal! — Ah!... — Todo mi cuerpo se hace de música. — Mis piernas danzan cabrías y ágiles. — Mis brazos se agitan como llamas — En el aire fragante. — Se ensanchan de gozo los golpes de mi corazón. — Toda mi boca ríe caliente y jubilosa — Hasta que la Pampa me aniquila — En el extremo de la sensualidad!

III

Y ahora, — En la noche profunda, — Cuando se hacen más largas y más hondas. — Las meditaciones... — Cuando se nos abre la emoción en caminos astrales, — Y se nos va la mirada — En el placer anhelante de las grandes distancias ... — Ahora, oh hermanos, ahora, — Toda mi alma cae como una lluvia — Sobre la Pampa, — Y me siento a mi mismo — Igual a una llanura diáfana, — Semejante a un espejo inmenso — En el que cabe todo el espacio y todo el tiempo! — Ah! — Para mí, — Que soy un inquieto y un sediento! .. — Que tengo los labios insaciables — Y dos pupilas sin fondo!. . — Ah! — Para mí, — Qué gozo el anhelo más lejano y más libre! . — Que sólo estoy atado por ligaduras de luz — Ligeras, sutiles, ágiles, — Por lazos que yo mismo renuevo y rompo — Con la alegría ingenua que los niños — Se toman y se sueltan de las manos!. . — Ah! — Para mí, — Que solo conozco — La gran ciencia del mundo y del espíritu — Que se aprende jugando!. . — Ah! — Sí! — Para mí ha sido allanada la Pampa — Y sólo en ella — Puede extender mi alma, — Multiformes y vastas, mis anchas emociones — Hasta hacerlas profundas como un espejo — Y fieles a las distancias inmensas de la noche! — Duermen ahora los ganados. — La llanura es un lecho de silencio y quietud. — Atenúan los árboles sus savias — Y en el fondo ilusorio de cada hoja — Canta la voz antigua de una estrella. — Es el momento de los viajeros insaciables. — El alma sobrenada en la noche — Y se alarga en distancias azules. — Yo soy como un espejo del sonido profundo — Que recoge

en su bóveda de oro — La música sin voces. — Y ahora, — Cuando nada se vé, — Cuando nada se escucha. . — Ahora es que la Pampa se hermana con el alma! — Es el instante de las fuerzas desnudas. — Yo me entrego al misterio con un fervor que nace — Como el agua reciente que brota la montaña, — Y está en mí con la simple belleza de la piedra. — Me he despojado ya de toda forma — Y como en la Pampa bajo la sombra — Sólo queda de mí un gran silencio que oye. — Ah! — Que enérgica es esta armonía que parece quieta! — Como luchan las estrellas — En el eterno tránsito de la perfección, — Allá, — A lo lejos, — En las órbitas puras, — Con sus raíces de luz mojadas en el éter! — Coros inusitados — Me ahondan el espejo de la contemplación. — Son voces inmutables, — De un largo color sin cambio. — Que van por los caminos que nunca tendrán fin. — Es la música de la eternidad. — Es el fluir armonioso de las energías — Que brota olas perennes — Inundando con sus aguas de fuerza — Todos los Universos! — Yo entro en ellas y me siento ir — Con la conciencia sorda y apagada — Y los nervios borrosos — Para la sensación. — El alma se diluye en las zonas astrales — Pero es tan tenue el fino tejido de su tacto — Que no siente en su trama la esencia de los mundos — Y hasta su propia vida escapa a su deseo! — Cuanto más se agiganta su sed, más se esfuma — En sus lejanas playas el paso de las olas! — Sí! — Ahora es el instante de los anhelos sin retorno! Ahora es cuando mis ansias — Irrumpen como flechas! — Toda mi fe concentra su potencia en mis músculos — Y mis dos brazos curvan el arco de oro. — Sí! — Ahora es el momento de las rutas musicales. . — Cuando el alma se extiende en la Pampa — Para abarcar su infatigable fuerza — E irradiarla sinfónicamente — Delante de los mundos! — Se me corta el espíritu en ríos de profundidad, — En vastas corrientes de silencio armonioso — Y mis preguntas viajan en sus aguas — Por las que pasa un viento que ya no vuelve más! — Ah! — Si la Pampa no se

limitara con la aurora! — Ah! — Si la mano azul de la mañana — No recogiese en su carroza de oro — Los astros de la noche — Y la sed de mis flechas que avanzan hacia ellos! — Ah! — Si el afán de mis pupilas — Viviera una noche tan larga — Que hiciese posible — El retorno de mis preguntas!. . — El día que llega — Desvanece en luz los caminos del deseo! — Ah! — Si un anhelo — Se irradiara detrás de otro anhelo — Como la ola pasa igual a la ola, — Hasta que un último anhelo — Hablara como un labio de mi corazón! — Pero el fuego de la mañana, — Tibio y sensual, — Es más vasto que el afán de mis pupilas — Y con sus llaves de plata — Irá cerrando las puertas de la noche, — Hasta hacer de la tierra — Y nada más que de la tierra, — Toda la sed que impulsa mis ansias en la noche, — Devolviendo a la Pampa los límites del día!.

CARLOS SABAT ERCASTY.

ALADO CORCEL

Pegaso,
divino payaso:
la vida no te basta, la muerte acaso.

Caracol animico, que sacas los cuernos al sol .
Tú dices: Si hubiera algo más
del salto adelante, que es salto hacia atrás!
Si alguien tendiera una escala neutral
a cada salto mortal...

Si algo de nos resurgiera
y tuviera
conciencia y poder,
¿que haría para distraer
el tedio inenarrable de su ser?

Tañer el arpa, bajo las foscas
Barbas de algún «ilustre desconocido» Dios?
Cazar almas como quien caza moscas
una a una, o dos a dos?

Pegaso,
divino payaso:
la vida no te basta, la muerte acaso.

ALVARO ARMANDO VASSEUR.

Nápoles.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«Americanismo Literario». — (JOSÉ MARTI. — JOSÉ ENRIQUE RODÓ F. GARCIA CALDERON. — R. BLANCO FOMBONA.) — BIBLIOTECA. «ANDRES BELLO». — Editorial América. Madrid.

El distínguido escritor dominicano F. García Godoy nos sorprende constantemente con nuevas producciones donde campea su verbo recio y erudito, de intenso americanismo

Esta brevísima nota bibliográfica se refiere al libro que informa el epígrafe, el que va precedido de un estudio sobre la autonomía literaria en América, considerada en brillante síntesis desde su múltiples aspectos: social, psicológico, filosófico etc....

Aunque divergiendo desde distintos puntos de vista con el Sr, García Godoy, en la apreciación de ciertos hechos, fenómenos, y necesidades comunes, coincidimos, sin embargo, en otros muchos porque ese ilustrado hombre de letras es dueño de un espíritu tolerante, y posee además un amplio sentido eclectico para juzgar la cuestión.

Estudia luego el Sr. García Godoy a plena conciencia literaria las cuatro personalidades a que hemos aludido. Se trata, ciertamente, de un crítico de verdad. Pero no podemos sustraernos a la tentación de interrogarnos,—siempre tocados por el magno asunto del americanismo literario: — ¿esas cuatro figuras eminentes, esas cuatro cumbres del pensamiento continental que él analiza, ofrecen, acaso, la pauta o han echado las bases indispensables para edificar esa soñada autonomía o ese nacionalismo más quimérico aún de que nos habla nuestro autor? Y entonces. ¿quienes son los encargados de acometer la empresa? ¿Acaso el medio social del continente está maduro para plasmar el milagro?

Conceptuamos, al contrario de lo que afirma el escritor dominicano que la unidad moral de los pueblos de América en su aspecto jurídico, está mas próxima de la realidad que esa independencia artística, que podrá venir, pero que para el progreso de la propia cultura americana no se ha hecho indispensable todavía. — J. G. A.

«Raquela». — Narración novelesca por BENITO LYNCH — Cooperativa Editorial Buenos Aires 1918.

A raíz de aparecer «Los caranchos de Florida», uno de los literatos con mayor autoridad (¡y el más generoso!) del vecino país, saludó en Lynch a un novelista de garra, «En dos líneas retrata de cuerpo entero un individuo, recurriendo solamente al rasgo característico» dijo. No conocemos el libro que elogió Gálvez, pero acabamos de leer «Raquela», que nos ha impresionado fuertemente,

Sin duda es Lynch un literato dotado de singulares condiciones para tentar el género que hizo a Balzac glorioso. « Raquela » es un cuadro interesantísimo, que reproduce la vida de la campaña bonaerense. El asunto es tan sencillo, que sin el conocimiento cabal de tipos y costumbres había de darnos para un cuento apenas. Pero Lynch es un psicólogo hábil y un colorista extraordinario. Describe con fuerza. Su incendio del campo es una de las páginas más vigorosas que nosotros hemos leído. Marca un progreso, tanto en la técnica como en el lenguaje, sobre los escritores de costumbres, contemporáneos y anteriores a Viana. Se adivina cultura más completa y más moderna. Sus gauchos no son parleros, sino hombres » que hablan por turno y con largos intérvalos de silencio », como los gauchos que todos los que solemos ir al campo, conocimos. No es « Raquela », con ser un buen libro, obra a la que no se le hallen defectos. Mas equivale a la promesa de un fuerte espíritu de novelista que culminará muy pronto. Hoy por hoy, son contados los que le aventajan preparando los capítulos de una narración campera. — V. A. S.

« Un Perdido ». — Novela, por EDUARDO BARRIOS. — Editorial Chilena. Santiago de Chile 1918.

Fino y profundo, poeta exquisito y psicólogo de garra, observador y colorista, Eduardo Barrios reune las condiciones complejas del novelista moderno. Ya nos había dado en sus obras teatrales, lo mismo que en esa filigrana sentimental de « El niño que enloqueció de amor », la medida de lo que era capaz, de lo que llegaría a ser. Ahora con « Un Perdido » marca una etapa de su brillante carrera, realizando, más que una novela, una especie de vasto panorama chileno, de amplio ambiente, múltiple y rico, donde se mueven con la holgura armoniosa y lógica de la vida, infinidad de claras y precisas figuras.

El personaje central, Luis Bernales, está estudiado con un detenimiento magistral, y así las secundarias figuras hacia donde se diversifica la acción novelesca, cuyas psicologías, nítidas y plenas de color, dan una sensación suficiente para apreciar el conjunto, cuyo equilibrio admira.

El ambiente de Iquique — pintura y observación impecable, el clásico y un tanto colonial hogar chileno—la vida activa de Valparaíso, la pintoresca bohemia de Santiago, el vivir áspero de la Escuela Militar, todo vivo, palpitante, fuerte, da, como digo antes, idea de panorama.

Todo ello merecería un especial estudio en el que no podemos detenernos, estudio que reclama la bella novela, uno de los más brillantes éxitos editoriales chilenos, ya que en dos o tres meses se ha agotado la primera edición.

Es del caso felicitar, más que a Barrios, a Chile, donde se le estima y se le comprende, y tomar el ejemplo..... — A. M. B.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Teófilo Eugenio Díaz.

« Pegaso » cumple con el deber de despedir a Teófilo Eugenio Díaz en ocasión de su viaje difinitivo. Díaz fué, la realidad, uno de los nuestros, porque a través de las vicisitudes y las borrascas de su existencia; apesar de la diversidad contraditoria a que aplicara su inteligencia y su acción, él siempre y por arriba de todo conservó la pristina y fuerte vocación artística de su juventud que le consagrara como a uno de los escritores mas intensos, finos y originales de su tiempo.

« TAX »,—tal era el conocido pseudónimo del Dr. Díaz,—brindaba periodicamente en sus crónicas, en sus escritos satíricos, en sus críticas literarias, teatrales y sociales, verdaderas fiestas para el espíritu. Poseía una pluma agil y flexible, un humorismo fácil e incisivo y un sentido tan « suyo » de la sátira, que sus producciones coleccionadas algunas de ellas en folletos y libros, hicieron la delicia de aquellos que vivieron el momento social y literario que el comentaba, y la constituyen todavía, pues que el espiritual y ático « TAX » tuvo enjundia de verdadero escritor.

Su vida agitada, su temperamento inquieto le privaron a las letrás nacionales de la obra que de él se esperaba, hasta que la *tragedia del Prado*, lo envolviera difinitivamente en la sombra y los desgraciados sucesos, lo desplomaron en el olvido insondable.

Olvidado del mundo, pero no de los que como nosotros, recordamos valorándolo en todo lo que vale, al espíritu inmortal de quien fué artista de verdad y cruzado de la belleza eterna.

Alcindo Guanabara.

Ha muerto en Río de Janeiro uno de los intelectuales más acatados y queridos. Era, sin disputa, uno de los primeros periodistas. Su estilo se caracterizaba por un aticismo sorprendente. Tenía la serenidad de esos pliegues que caen armoniosos en las túnicas de las esculturas griegas. Era académico y senador. Su espíritu conquistaba pronto la admiración de cuantos subían las pintorescas estribaciones de la capital carioca, para llegar hasta su casa, en cuyo despacho estaba impresa la austeridad de un gran carácter. Tenemos

en nuestra biblioteca un elegante volumen que encierra varios de sus discursos parlamentarios. El vuelo del orador concuerda con el talento expositivo del literato.

Parra de Riego.

Hemos tenido ocasión de tratar, a su paso por Montevideo, al joven poeta peruano, que recorre esta parte del continente, estudiando su movimiento intelectual. Es un gran temperamento. Su honrada fogosidad y su cultura le hacen digno de las simpatías que ha logrado entre nosotros. Le saludamos afectuosamente.

El canje de « Pegaso ».

Esta revista, fundada y sostenida por un núcleo de apasionados de las bellas letras, no tiene otro anhelo que el de estimular el ambiente artístico patrio, vinculando nuestra intelectualidad a la de los distintos países de Hispano-América. Se comprende, pues, que solicitemos el canje de todas las publicaciones literarias a las cuales ha visitado « Pegaso ».

"PEGASO" comenta todos los libros americanos, aparecidos recientemente, de los cuales se envíen en nuestra redacción dos ejemplares.